

La fiesta de Nochebuena fue un éxito. Esperé toda la noche que algo saliera mal, que algo evocara nuestro fallido destino de argentinos en la diáspora (algo como la copa que se rompe en los casamientos judíos para recordar que después de la destrucción del Templo no existe la felicidad completa), pero nada sucedió, y en algún punto de la cena dejé de anticiparlo. Mamá y Julieta se habían esmerado en las recetas tradicionales con ayuda de Carmen y de su fórmula secreta para preparar el pozole, y Manu había conseguido en el mercado unas piñatas que cargó con dulces. Los fuegos de artificio no nos estallaron en las manos ni se habían humedecido, los postres no se aplastaron en el trayecto hasta la mesa, no se rompió ni un cacharro, no hubo disputas familiares en la mesa, nadie se emborrachó más de la cuenta, no faltaron las bebidas. Cuando, a las diez de la noche, salimos a la calle para celebrar con los vecinos, sentí por primera vez que mis manos ya no tanteaban la pared y que me dejaba llevar al centro de la fiesta.

Fuimos a dormir al amanecer, yo en el sillón del comedor y Carmen en mi habitación (preferimos no apostar a la liberalidad de mi madre, y de todas formas estábamos muy cansados). Carmen me despertó al mediodía para ir a almorzar con su hermano, que había pasado la noche anterior en casa de unos amigos. Ninguno de los tres estaba en buenas condiciones tras el alcohol y los festejos, pero el almuerzo fue de todos modos agradable. El hermano de Carmen daba por sentado que yo pasaría el año nuevo en Monterrey, y ya recorría por anticipado el menú con el que me haría descubrir la auténtica cocina norteña. Entre los dos me advirtieron sobre las cosas que debía y no

debía decir a sus padres en caso de que deseara salir vivo de la casa familiar: ninguna alusión al ahorro o la tacañería que popularmente atribuyen a los norteños, mencionar lo menos posible al DF, no preguntar "como todos los chilangos" a qué hora se puede ir a apostar al Casino, insultar a los gringos, maravillarse por semejante ciudad en medio del desierto. Como todos los mexicanos suponen, en Monterrey están orgullosos hasta de la tierra que pisan, y en particular de sus universidades - por lo que otro tema que no debía mencionarse era que Carmen estudiaba medicina en la UNAM del DF y no ingeniería en el Tec de Monterrey, o al menos, si tenía que ser medicina y no quería que fuese en Monterrey, en alguna universidad de Guadalajara, Querétaro o Guanajuato. Los tres sabíamos que si Carmen estaba en DF era porque aquí no la visitarían sus padres, norteños orgullosos que no pisarían nada al sur de Querétaro, "pero eso no se puede ni pensar dentro de la casa por si a alguien se le da de golpe por leer la mente". Cuando, luego de las advertencias, intenté aclararle a Carmen que aún no había decidido si haría el viaje o no, ella me dijo que ya había arreglado todo con mi madre, y que si ella esperaba que yo me decidiera se iban a hacer las pascuas sin noticias. No me gustó que resolviera sin consultarme, pero tenía razón en que con menos de una semana no quedaban muchas esperanzas de que yo hiciera las cosas a tiempo para viajar - y, una vez más, tenía razón al suponer que lo que yo en verdad quería era estar con ella. El hermano de Carmen nos llevaría en su camioneta el 30 de diciembre, para alojarme en su casa ("no sueñes ni con un beso en la mejilla delante de mis padres, che chilango").

En los días siguientes preparé lo poco que necesitaba para el viaje, y hablé dos veces con mi padre para saber cómo seguía su tratamiento y para desearle feliz año nuevo. No sonaba optimista, pero dijo algo de "año nuevo vida nueva" casi como si quisiera creérselo.

El fin de año en Monterrey fue y no fue como lo esperaba. Los padres de Carmen, sin ser ricos, tenían un buen pasar, y en una ciudad de contrastes sociales habían logrado una condición intermedia que los hacía privilegiados sin perder el contacto con la vecindad menos favorecida en la que habitaban. Desde que llegamos, una procesión de "regios" pasó por la casa para saludar a Carmen y conocer a "ese chavo argentino con el que me contaron que estás ahora" - en otro momento, en otro lugar, me hubiera sentido una pieza de exhibición, pero no había en los guiños ni en los comentarios en voz baja otra cosa que genuina curiosidad e interés (Monterrey está lejos de ser un pueblo, pero, como en todos lados, las vecindades funcionan como pequeños pueblos dentro de la ciudad).

El padre de Carmen era todo lo que podía esperarse de un regiomontano, y no hizo falta recordar las advertencias que me habían dado antes de salir de México para saber que un paso en falso o una palabra de más se pagarían, por lo menos, con un viaje apresurado a la estación de camiones en busca de una pronta salida de la ciudad. La madre parecía menos severa, pero la forma en la que me miró desde el momento en que bajé del carro tampoco prometía demasiada tolerancia. Carmen me dijo después que había sido un triunfo que me aceptaran para la fiesta, que yo era el primer novio admitido en la casa - no quise entender lo que eso significaba y algo me dijo en medio de mi supuesta ignorancia que lo peor que podía hacer era preguntarlo, por lo que pasó un tiempo hasta que decidiera, en palabras de mi padre, "hacerme cargo".

Lo primero que hizo el padre de Carmen cuando dejamos las maletas y nos

dimos un baño fue llevarnos a recorrer la ciudad: la Gran Plaza, el Obispado, la base del Cerro de la Silla, la Catedral, el Faro de Comercio (una horrible estructura que ni en DF sería aceptable pero que el padre de Carmen festejó como el logro de la industria, el progreso y la tecnología - opinión con la que desde luego concordé), el Barrio Antiguo y el frente del Museo de Arte Contemporáneo ("tienes que venir al MARCO para ver la mayor colección de arte de América Latina, ni siquiera en el Bellas Artes chilango tienen tantas pinturas"). Yo estaba más interesado en la Cervecería Cuauhtémoc, o incluso en una botella de Norteña fría, pero con estoicismo admiré cada uno de los puntos panorámicos, las estaciones de tren (aunque después supe que todos opinaban que el servicio era pésimo), los cerros, el frente imposible del Tec "donde la testaruda de Carmen no quiso estudiar, la mejor escuela de cirugía de todo México". Entre un lugar y otro continuaban las lecciones de mi posgrado en historia regiomontana - desde la primera inundación hasta las últimas fábricas que se habían instalado en la ciudad, desde los orígenes de cada vecindad hasta las virtudes y defectos de los gobiernos del PRI y el PAN en Nuevo León. De regreso a la casa nos esperaban con un cabrito asado al pastor, "para que veas cómo en Monterrey también sabemos hacer las carnes asadas, argentino". La comida con toda la familia se hizo sobremesa, y tras un día entero de viaje y festejos llegué rendido al departamento del hermano de Carmen.

A las nueve, muy pocas horas después, sonó el teléfono: debíamos acompañar a la madre de Carmen al mercado para cargar las compras. No me molestaba el recado, pero sí el silencio: así como en todo el recorrido del día anterior el padre de Carmen no había dejado de hablar, la madre apenas me dirigía la palabra. Para sacar tema pregunté por algunos edificios y negocios camino al mercado, pero las respuestas secas y el tono de desaprobación me hicieron sentir un turista gringo. Opté yo también por el silencio, ya que incluso sin que me lo dijeran comprendía que el enojo no era conmigo, o que en todo caso no me correspondía a mí resolverlo. Madre e hija habían discutido por mi presencia allí, y los valores tradicionales de aquella mujer no admitían ni la intrusión de un extraño en las fiestas familiares ni la idea de que su hija tuviera, en DF y lejos de su control, una relación sentimental.

Llegamos por fin a la casa, donde alguien que se parecía demasiado a Carmen como para no ser ella cocinaba en silencio bajo la vigilante mirada de su padre - aunque Carmen jamás hubiera hecho eso, no tan callada, no tan tranquila, no tan cerca del arquetipo de mujer sumisa que todos los machotes mexicanos juraban tener en su casa. Apenas me saludó, concentrada en un caldero de barro donde hervía una mezcla a la que cada tanto agregaba puñados de chile toreado. Dejamos las bolsas con las compras para pronto ser echados de la cocina junto con el padre de Carmen. En la sala me convidaron tequila, y él continuó con el relato de la gloriosa historia de la ciudad. Hacia la tercera copa la historia comenzaba a mezclarse, y ya era difícil entender quién era el candidato del PRI y quién el revolucionario, quién el prohombre de la industria y quién el cuatrero que sólo servía para pasar contrabando de los gringos. En la comida, con menú estrictamente norteno, no se habló mucho: estaba claro que la madre de Carmen había discutido en la cocina, y también que la discusión se centraba en mí. Igual que por la mañana, me limité a decir cuánto me gustaban los platos y preguntarle a Carmen por qué no hacía estas comidas en DF.

A los postres empezaron a llegar parientes y vecinos para iniciar los preparativos de la fiesta, o en realidad, podría decirse, la fiesta misma. La misma gente que había pasado a saludarme el día anterior esperaba en vano que yo recordara sus nombres de la misma forma en que ellos me recordaban, cualquiera de ellos me daba pistas inútiles hasta convencerse de que en verdad yo no sabía quién era quién. Desde entonces todo se hizo más confuso, más extraño: recuerdo apenas fragmentos, imágenes, algunas palabras. Recuerdo haber armado con el hermano de Carmen y sus amigos la mesa para cuarenta personas, haber acarreado las sillas de todas las casas vecinas, descargado cajas de vajilla, cajas y más cajas de alcohol, bolsas de comida. Veo al padre de Carmen, en una cabecera de la mesa, dirigir los festejos, y las miradas de la madre cargadas de desconfianza y recelo. Recuerdo a Carmen sentada junto a mí. Recuerdo los brindis, y luego de los brindis la música desde un equipo de audio contrabandeado de Texas. Recuerdo haberme quedado en la silla primero y haber bailado después. Recuerdo fuegos de artificio y petardos, disparos al aire, gritos. Recuerdo la desaprobación del hermano de Carmen cuando empezaron a pasar narcocorridos. Recuerdo el momento en que Carmen me arrastró al centro del patio para bailar. Recuerdo, un buen rato más tarde, a la

madre de Carmen que bailaba con su hijo, cómo él la hizo girar hacia mí para que no tuviéramos otra opción que bailar juntos - primero tensos, resignados después, hasta que alguna de sus vecinas (o hermanas, o primas) gritó "Pero ya, Maricarmen, que no está tan malo el chavo" y por fin ella sonrió. Recuerdo más gente que llegaba, todo Monterrey en el patio y luego en la calle y al fin en algún otro patio al que llegamos de alguna manera. Recuerdo haber vuelto, ya amanecido, abrazado a Carmen y a su hermano, los tres cantando a voz en grito. Recuerdo que entre esa gente desconocida, en una tierra sin mis raíces, sin mi padre, sin mi madre, lejos de Buenos Aires y también del DF, encontré otra gente, y en medio de toda esa gente a alguien que yo podía ser, a alguien que bien podía ser yo.

Ya al año siguiente, de regreso en DF, tras haber dormido dos días enteros y todo el viaje en camión, me encontraría con que las cosas que me esperaban, las mismas que había dejado atrás, se habían precipitado.

El mismo día en que iba a Monterrey, el abogado que llevaba los papeles de Manu llamó de urgencia para avisar que los resultados del ADN ya estaban listos, que todos los papeles estaban en regla, que todos los posibles recursos judiciales habían sido presentados, pero que así y todo el juez aún le daba la razón a los abuelos - la novedad era, en principio, que ahora sabía por qué: a la póliza de seguros que ya conocíamos se agregaba otra que habían mantenido en secreto hasta entonces, y el título de propiedad de un apartamento de Polanco, y (más importante todavía) el padre de Manu era hijo único de padres ancianos, y a menos que ellos lograsen hacer algo al respecto Manu sería el único heredero de todas sus posesiones. Era por dinero, no sólo por el apellido, y la suma de estas cuatro cosas (apellido, seguro, apartamento, herencia) explicaba la cantidad de influencias que estaban dispuestos a mover. Así hubiera un testamento firmado, así mi madre y el padre de Manu se hubiesen casado en secreto, así el padre de Manu resucitara y volviera a reconocerlo como su hijo ante un notario público, el juez encontraría alguna objeción o simplemente miraría hacia un costado: no era extraño que, tras la muerte de un hombre de alguna familia influyente, la justicia borrara los rastros de su "casa chica". La resolución del caso estaba firmada, en realidad había estado escrita y firmada y casi ejecutada desde antes de que recibiéramos la primera notificación judicial. Mi madre, forzada por el psicólogo de Manu, había

debido confesarle al niño todo lo que no le había explicado cuando el análisis, le había mostrado todos los papeles de la demanda, lo había llevado a conocer al abogado, y había terminado por aceptar que no era en los tribunales donde se resolverían las cosas. Nuestro abogado, en negociaciones con el abogado de los abuelos de Manu, había concertado una reunión para la semana siguiente bajo sus condiciones (en el despacho de sus representantes, sin testigos ni asesores legales salvo los que ellos podían llamar con sólo abrir una puerta, en un día y horario que ellos ya habían cambiado cinco veces) y con la aclaración desde el principio de que no estaban dispuestos a ceder ni un milímetro en sus demandas.

Mi padre, en tanto, volvía a internarse. Los efectos de la última sesión de quimioterapia habían sido más duros que lo habitual. El primero de enero Dolores lo había llevado a la guardia de la clínica y el diagnóstico había sido incluso peor del esperado: metástasis, varios órganos afectados, infecciones que se aprovechaban del sistema inmunológico destruido por la quimio. Desde México podíamos hacer tanto como junto a él, tanto como nada, pero nada junto a su cama de hospital era algo en comparación con nada por teléfono de larga distancia. Dolores nos contaba que ahora lo más crítico había pasado, que papá ganaba fuerzas rápidamente, que estaban por trasladarlo a terapia intermedia, pero quedaba claro (aunque nadie, ni Julieta ni mi madre y menos aún yo, quisiera decirlo) que la única, la última, oportunidad de verlo era viajar a Buenos Aires cuanto antes. En un festejo atrasado de fin de año mamá les contó todo a María y Ricardo, que tuvieron opiniones divididas: Ricardo dijo que lo mejor era viajar los tres, dejar a Manu con algún amigo y estar con él en Buenos Aires al menos unos días; para María lo mejor que podíamos hacer era lo que ya estábamos haciendo, no volver, acompañarlo desde lejos, después de todo él se había dado el lujo de no vernos y de casi no dar señales de vida durante ocho años. Lucas no dijo nada, y cuando tras la cena fuimos a casa de unos amigos me bombardeó con preguntas sobre Carmen y Monterrey, más para evitar el tema de mi padre que para enterarse.

La noche siguiente a mi regreso al DF fui a Patio de Tango, que durante mi viaje había quedado a cargo de uno de los cocineros. Roberto no se había comunicado desde su llegada a Buenos Aires. Unos minutos antes de abrir el

salón, Malena me llamó aparte: ella había prometido aplazar su partida del DF hasta que volviera Roberto, pero las amigas con las que iba a ir a Puerto Escondido decidieron adelantar el viaje y no me puedo ir sola; el viaje en micro son como once horas y en el albergue me dijeron que no es una zona segura; piden documentos en los caminos y mi pasaporte se vence la semana que viene; acá en DF ya no tengo nada que hacer; yo te dije que me quería ir a Europa, que México no daba para más, pero ahora sé que no puedo quedarme ni una semana, ni un día, ni cinco minutos más; te quería pedir; te quería avisar; te quería decir que mañana a la mañana viajo a Puerto Escondido con mis amigas, y que hoy es mi última noche acá; que ya tengo el pasaje, salgo de la Terminal Poniente a las once de la mañana; es lo mejor que puedo hacer; estoy re nerviosa; no voy a extrañar nada pero te voy a extrañar a vos; bueno, no debería decirte esto pero te voy a extrañar y también a Roberto, pero a vos más.

Le dije que no podía hacer eso, dejarnos con una camarera menos con Roberto de viaje y yo atado a la caja. Pensé que me ibas a entender; vos tenés que entenderme; nadie me entiende pero vos sí tendrías que entender. Pero por más que yo tuviera que entenderla nada la justificaba: lo mismo me daba que se fuera para siempre del DF, que tomara un camión a Oaxaca, Chiapas o al mismísimo infierno, pero no podía manejar el restaurante sin Roberto y sin personal. Le dije que ni hablar, que era imposible, que tenía que avisar con una semana de anticipación y darnos tiempo para buscar un reemplazo, que ya estábamos sobrecargados de trabajo, que por lo menos esperara hasta que nos llamase Roberto para pedirle instrucciones. Gritó, me insultó, estuvo a punto de llorar y al fin se retiró sin decirme qué pensaba hacer. Llamé al jefe de cocina y, mientras entraban los primeros clientes, intentamos ubicar a Roberto en el número que nos había dejado en caso de emergencias. No respondió nadie, ni en ese momento ni en el resto de la noche. Al final de su turno Malena se fue sin haberme dicho si regresaría al día siguiente, pero sobre el escritorio de Roberto dejó su uniforme, por lo que supusimos que ya no vendría.

En casa, tarde, encendí la computadora y me enfrenté a los mensajes sin responder en la casilla de Juan. Seguía cubierto por los pretextos que le había inventado, pero no por mucho tiempo: ya concluía la primera semana de

enero, más de lo que cualquier argentino se tomaría de licencia por las fiestas aunque allí fuera pleno verano. Juan no tendría suficiente lana (él diría guita) para irse a ninguna parte. Podía terminar de matar al suegro, y siempre tiene la excusa del taxi y sus hijos y alguna pelea con la esposa - podría incluso volver a separarse, aún en contra del espíritu navideño o de las consideraciones por la mujer y su situación familiar. Revisé los diarios argentinos, y ninguna catástrofe o accidente podía justificar una muerte violenta, aunque no todas las muertes debían ser accidentales y tan catastróficas como para aparecer en los diarios. Juan no eran un ancla con la ciudad que buscaba sentir mía, sino un lastre que me retenía en un lugar que no deseaba y que cada vez sentía más distante - sin embargo, algo me hacía mantenerlo en lugar de confesar el engaño o simplemente dejar de responder los mails, dar de baja las casillas, disolverlo en la misma trama abierta de mensajes que le había dado forma. No tuve el coraje de matarlo, pero los mails que respondí fueron telegráficos: tenía problemas de dinero, pasaba la mayor parte del día en el taxi, su suegro, delicado pero estable, seguía internado, su mujer ya había vuelto de Córdoba y estaban probando si funcionaba la reconciliación. No podía sostener las excusas por demasiado tiempo, así como tampoco podía demorar la decisión sobre el viaje a Buenos Aires para ver a mi padre, pero una vez más (quizás por última vez) decidí comprar algo de tiempo.